

## Notas ingenuas sobre la censura (o Notas perdidas)<sup>1</sup>

Para Cintio, Fina y Enrique

*Dios es sutil pero no malicioso*

Albert Einstein

### 1

Al poeta lo visitan a menudo voces extrañas (de adentro y de afuera). Sería un error asegurar que lo que *dice* un poema es siempre lo que *piensa* el poeta. El poeta escribe cosas que siente, lo que no es exactamente lo mismo, porque el pensamiento (que lo puede tener y muy profundo) está religado a su sentimiento. Un poema comienza con un verso que a veces es absolutamente enigmático para el poeta. Lo que sobreviene después de ese primer verso (el que regalan los dioses, según dijo irónicamente Valery) es su consecuencia imprevista aunque no azarosa. Otra forma de abordar este delicado asunto es asumir que un poeta es un multifacético sentidor. Quiero decir, que es capaz de sentir muchas cosas diversas y hasta contradictorias. En ocasiones es su propio abogado del diablo. Como un Sócrates, un Platon dialéctico. Como la Esfinge o como el Oscuro, también. Esos momentos en que un poeta asume una voz desconocida para él mismo son de una objetividad aterradora. Como materias independientes. Como un parto. Criaturas extrañas. ¿Cómo un Dios? Sólo media la tiranía de la forma, del léxico, en fin, de un estilo ya conseguido. Aunque se dan casos en que esos poemas crean su propio estilo, y se abren entonces a un confín desconocido. Ese es uno de los instantes más jubilosos para un poeta. En cierta forma cuando el poeta escribe atraviesa un espejo de aguas. Sé que todo esto que digo aquí colinda con cierta vaguedad, con cierta irresponsabilidad, con cierta defensa del misterio. Pero es así. También podría discurrir sobre la poderosa, simultánea presencia de la Razón en la creación (o emanación) de un poema. La pregunta que se hacía Einstein: ¿tuvo Dios alguna posibilidad de elección a la hora de crear el

---

<sup>1</sup> Ensayo publicado en *Unión*. La Habana, (54), abril-mayo-junio, 2004, y en *República de las Letras*. Madrid, (94), febrero 2006. Este texto es en cierto modo una continuación de mis reflexiones en “El hombre interior o la cultura que nos falta”. En: J. L. A. *La palabra perdida*. La Habana, Ediciones Unión, 2003.

Universo?, es válida también para el poeta. Pudiera decirse que hay siempre o casi siempre (todo aquí, lamentable o dichosamente, es ambiguo) una suerte de elección previa o subconsciente. Algo que está en un lógamo. Un lógamo reminiscente. En el mismo territorio de donde emanan los sueños (¿los sueños de las formas?). Aunque un poema y un sueño no son nunca lo mismo porque el poema se desenvuelve (para bien o para mal) ante la conciencia vigilante del poeta. Los sueños, además, son imágenes sin la tiranía de las palabras. Pero esa tiranía la más de las veces es afortunada: organiza el caos. Y ese orden produce belleza. La belleza es uno de los principios estructurales del poema (y del Universo). De la Razón científica incluso. Todo esto a su vez se relaciona con la noción de la verdad, aunque sea como una aproximación. Hay que comprender que una conciencia relativista es imprescindible a la hora de valorar un poema (o una persona). El famoso principio de incertidumbre es una de las nociones más atractivas para enfrentar el reto de la comprensión de un poema. Un poema es siempre anhelo de simetría desde el caos. Sólo por eso pudiera afirmarse que es uno de los medios más poderosos de conocimiento de la realidad. Pero fíjense que digo anhelo. No más. A fin de cuentas, mientras más elevado sea el orden creado, más desorden, caos, se expande por el Universo. Entonces ¿el precio del conocimiento (y de la belleza) es acercar la muerte? Divago, divago siempre. Miro con mis ojos absortos o espantados la realidad. De la contemplación al poema. Del horror al olvido. Esos son mis dos movimientos contradictorios. Mirarlo todo con la descomunal certidumbre del fin. Todo poema es el conocimiento de la pérdida. El vértigo de la vivencia, su desaforada intensidad es el olvido, la plenitud del caos, es decir, la vida. La reminiscencia, el resto melancólico: el poema... Pero simplifico acaso. ¿No es la reminiscencia la forma suprema del conocimiento? ¿Y no es el conocimiento la forma suprema de la vida (o de la muerte)? Sacro adiós.

## 2

Decía: *mirarlo todo con la descomunal certidumbre del fin*, pero ¿no será el fin otro principio? ¿Repetirá la conciencia el mismo proceso que el Universo? Algo tremendo sentí el lejano día en que leí el párrafo donde Nietzsche enuncia su principio del eterno

retorno. Pero la razón última por la que la poesía no puede configurar un pensamiento como la ciencia o la filosofía es porque tiende obsesivamente hacia una linde desconocida, a un territorio huidizo. La poesía muere de anhelo de absoluto. La ciencia y la filosofía pueden hacerse las mismas preguntas, es cierto, pero no pueden permanecer en ellas, quiero decir, no hacen de ellas el sentido permanente de su existencia. La poesía en cierto sentido *es* esas preguntas. La ciencia y la filosofía arriban a ellas. La poesía, en todo caso, regresa (viene) de ellas. Por eso es que mira el mundo con una piedad desconocida a aquellas. ¿La naturaleza es ajena a la piedad? ¿La conciencia no es, también, naturaleza? ¿Qué es la conciencia sino el pensar y el sentir de la naturaleza? Aunque sea su manifestación trágica. Es significativo cómo el existencialismo (el último gran pensamiento filosófico occidental) se confunde tanto con la poesía (porque los orientales siempre estuvieron confundidos con ella). Pero más significativo es que hoy día la ciencia estimule incluso a la poesía. Y ya se sabe desde María Zambrano que a la filosofía no le queda otro camino que amistarse con la poesía. Las religiones lo han estado siempre. Pero ¿la ciencia? Debe llegar el día en que la ciencia y la poesía se confundan, se fundan, se fecunden mutuamente. Ese día se conocerá el misterio de la creación (o la mente de Dios, según Einstein o Hawking). Y será la muerte. Es decir, un verdadero principio.

### 3

Desde hace un tiempo, desde que emergió la teoría del caos, puede especularse sobre ese misterioso orden oculto en el caos. También esto lo sabe la poesía desde siempre. Estamos rodeados de formas simétricas, de orden elevado. Nosotros mismos, nuestra conciencia, nuestra percepción, somos un ejemplo supremo aunque desesperado de orden. Y sin embargo, y sin embargo todo ese orden parece a veces avenirse con el caos. Hay momentos en que sentimos que todo puede estallar. ¿Será sólo porque tememos a la muerte? ¿O será porque la conciencia de algún modo sabe (recuerda más que avizora, lo que quizás es lo mismo desde el tiempo de la reminiscencia) que todo va a estallar? Pero ¿qué significa esto? Somos polvo de estrellas, dice con justicia Cardenal. *Venimos*, dice el principio antrópico, desde la explosión de las supernovas. Entonces las nociones de

caos y orden son intercambiables, subjetivas. *Todo es música y razón, y todo, como el diamante, antes que luz es carbón*, dice pitagóricamente Martí. Sí, todo en la naturaleza canta la alabanza de Dios o de la Creación. Algo que también sabe la poesía desde el poema de Parménides. Quiero decir, desde siempre. Siempre hay un antes. Siempre, un origen remoto, más allá, *más allá de la constante de Planck*. La llamada, por Hawking, *censura cósmica*, que ampara esa constante, es la única garantía de la supervivencia de la conciencia, de la preservación de un misterio incesante. *Su misterio*. De aquí acaso se deriva la pregunta primordial: ¿por qué no nos suicidamos? La infinita postergación de Ciorán, donde quizás engañosamente he creído advertir una forma vergonzante de nihilismo, es en realidad la respuesta. Es inútil, incluso suicidarse. Soy libre, porque puedo suicidarme y no lo hago, argumenta sofisticadamente Ciorán. Pero no es esa la verdadera razón. No me suicido porque es inútil, o me suicidio porque es inútil también. Hay una conciencia cósmica. En determinados momentos el suicidio puede encarnar un acto de libertad absoluta pero precisamente porque afirma la vida. Los suicidios de los poetas cubanos Angel Escobar y Raúl Hernández Novás pueden verse, también, como frutos de un exceso de vida, de percepción. De una suerte de hiperestesia, incluso. La muerte, desde esta perspectiva, es intercambiable con la vida. Por eso aquella pasión de Ciorán por la mística, por eso su infinito amor por España. Por apego profundo a la vida. El místico, ya se sabe, no se desapega de la vida. Quiere unirse inextricablemente con ella. Toda la obra escrita y en acto de Ernesto Cardenal grita esta verdad. Algo que preside también todo el misterio de José Martí.

#### 4

Quien escribe poesía sabe, aunque sea a pesar suyo, que está escribiendo en el agua, en el aire, en el fuego, en la tierra. Lo podía haber dicho Bachelard. No tiene la poesía por eso que abordar siempre esos misterios, esas preguntas insondables para dar fe de su autenticidad. Lo hace siempre al fin y al cabo. Como Lezama en *Dador*, aunque también en su obra toda. Lo hace Virgilio Piñera también, aunque parezca o incluso sea su *oscura cabeza negadora*. Ah, *se nos fue la vida hipostasiando, haciendo con los dioses un verano*, le confiesa Lezama a Cintio Vitier, melancólicamente. Pero en esa melancolía

está toda la sabiduría posible de la creación. También se pregunta Lezama: *¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?* Esa carnalidad lo salva. El misterio del verbo encarnado (más allá de la fe religiosa concreta) es una imagen simbólica de la religación entrañable del hombre (la conciencia) y la naturaleza (o la conciencia de la naturaleza). Como gustéis. *Eso se siente una vez, y ya se siente siempre*, como diría Medardo Vitier, nuestro olvidado filósofo, en sus apéndices a su libro sobre Kant. Porque la poesía es la mediación, el diálogo, la comunicación o, mejor, la expresión de las criaturas. La letra se inscribe en la naturaleza y por eso se borra incesantemente. En el agua se torna pez o sed, en el aire pájaro o anhelo, en la tierra peregrino o viaje, en el fuego estrella o entraña... La letra, la palabra, ese don solitario del pensamiento y del sentimiento humano, es siempre un clamor sagrado, una pregunta angustiada, un laberinto errante. Y la palabra, en la poesía, es la palabra perdida: el rostro que se borra en el espejo, la imagen que se difumina en el agua. Hay que leer las nubes, como quería la Zambrano. Las letras encendidas. Las estrellas parlantes. El alfabeto cósmico. Hasta las estrellas se suicidan para que un día una conciencia errante les grite: *Madres*. Pero ¿quién es el Padre?

## 5

El principio de incertidumbre introduce la subjetividad en el Universo. La necesidad de una medida cósmica. Y refuerza el principio antrópico. Pero si toda mirada cambia lo que mira, lo mirado ¿no nos cambia a su vez? Repárese en que el hombre no sólo se expresa a sí mismo sino que expresa la naturaleza toda. La naturaleza canta a través del poeta. El nacimiento y la muerte: su esencia fugitiva. *Satán ha sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan y por eso llora*. Y esas lágrimas son la sal, el agua de todos los océanos. El principio de incertidumbre o de indeterminación ¿es sólo la expresión pasajera de un límite en el conocimiento o es una propiedad primordial de la naturaleza? Si le es inherente a la percepción y a toda materia mirada o medida, como hasta ahora refrenda la física experimental, entonces ¿hay un límite para el conocimiento?, ¿será finalmente cierto que hay una censura cósmica?

## 6

¿Qué sentido tiene una conciencia que desconoce su origen o su fin, es decir, su sentido? La poesía expresa eternamente esa contradicción. *De la contradicción de las contradicciones, la contradicción de la poesía*, decía Lezama. *La poesía es sentir las cosas en status nascens*, argüía María Zambrano. Y Lezama, también: *El poeta es el testigo –el único que se conoce- del acto inocente de nacer*. O se refería a *la riqueza infantil de creación*. Entonces tornamos a la poesía como testimonio de lo desconocido, de lo invisible. Como lenguaje sagrado, es decir, unitivo, expresión de una armonía perdida. Y, consecuentemente, a la expresión de una conciencia trágica. Pero ¿por qué tiene que ser así? Ya conocemos las explicaciones religiosas, mas ¿nos son suficientes? La poesía dice incesantemente que no. No por gusto Ciorán admite la enorme importancia que tiene en su pensamiento el mito del pecado original. Pero habrá que preguntarse: ¿es la conciencia, el conocimiento, fruto del pecado, de la caída, de la pérdida de una unidad o una armonía primordial? Porque si el fin último de la conciencia, del conocimiento es la revelación de esa plenitud perdida, entonces habría que convenir que nos impulsa un conocimiento de muerte –¿o de sobrevivencia?-. ¿Repite en cierta forma cada ser humano, cada criatura, el ciclo cósmico de nacimiento y muerte? ¿O será que el conocimiento último del instante de la creación se confunde con la muerte? ¿Rebasaremos la inexorable y misteriosa constante de Planck cuando muera nuestro Universo? ¿Nos será dada la resurrección? ¿Viajaremos hacia otros universos? Advirtamos que cuando se hacen estas preguntas no pueden hacerse desde una conciencia individual y sujeta a la mortalidad, sino desde una supraconciencia, para la cual la muerte individual no es un límite sino sólo el de la desaparición de la especie. Si nuestro universo nace y muere indefinidamente ¿nacirá y morirá y resurgirá indefinidamente la conciencia? Pero de ser así, queda sin responder la pregunta decisiva: ¿cuál es entonces el sentido de la conciencia? Si admitimos que el Universo se hace consciente de sí mismo a través de la conciencia humana, es decir, que somos la conciencia del Universo, porque en esencia somos el Universo, entonces ¿habrán otros Universos? ¿O será entonces finalmente nuestro destino ser un universo solitario, autocontenido y autosuficiente? Si fuera así, ¿para que la muerte y la resurrección? ¿Tendría que haber una jerarquía mayor o un perfeccionamiento progresivo? ¿El fin será ser Dios o nuestra idea de Dios?

¿Recobrar la naturaleza perdida? ¿Ser, además que imagen, semejanza?, como preguntaría Lezama...

## 7

¿Por qué Lezama escribió: *El Paradiso será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de los nuevos sentidos?* Esta pregunta, que he tratado de responder en algunos ensayos, continúa resguardando su misterio, su incitación última. Según Lezama esos sentidos nuevos serían los que nos permitirían comprender *según imagen* la primordialidad de la resurrección. Siempre damos vueltas alrededor de la misma noria. Ay, *eterno retorno*, la situación arquetípica, y un sentido inalcanzable...

## 8

¿Por temor a la muerte no nos suicidamos? ¿O por amor a la vida? ¿Por temor a la vida nos suicidamos? ¿O por amor a la muerte? ¿La simetría de estas preguntas es turbiamente cierta (o falsa)? ¿Por qué Casal no se suicidó? ¿Lo habría hecho, después? Hay ciertos momentos en que el suicidio o, al menos, la suspensión de la vida, parece lo único sensato. ¿Por qué? ¿La abrumadora, avasallante, arrasadora falta de sentido en todo? Esa sensación es tan poderosa, tan intensa que no podemos soportarla, y regresamos a la vida. Pero una vez que sentimos *eso* algo se ha desplazado para siempre en nuestra mente. Algo que suele regresar, a ratos, como en ráfagas. Lo reconocemos y nos apuramos en dejarlo a un lado. Cuando releo lo que dice Cintio de Casal, que ve cosas que los demás no ven, que siente cosas que los demás no sienten –que sufre cosas que los demás no sufren, podría agregarse-, ello me esclarece en cierto modo el suicidio de muchos poetas. Pero ese exceso de percepción acaece lo mismo para lo oscuro como para lo radiante. Justamente por esa doble percepción es que se vuelve intolerable la vida. Hasta la misma vivencia de lo radiante nos conduce a cuestionarnos el sentido de la vida: ¿tanta plenitud y tener que morir? ¿Una conciencia capaz de percibir tantas cosas tiene que desaparecer? Por otro lado, es imposible permanecer indefinidamente en cualquiera de los dos estados,

como testimonian los poetas místicos, por ejemplo. También Valery. Esos dos estados últimos pueden ser equivalentes como testimonian ciertos mitos arquetípicos. ¿Podía haber continuado Rimbaud escribiendo (percibiendo) con tanta intensidad? Esos llamados estados alterados de la conciencia, en los que accedemos a una extraña lucidez, son también imposibles de tolerar o mantener indefinidamente. ¿Habrá aquí, también, una censura? ¿Como el olvido? Freud lo supo bien. ¿Qué condujo a Nietzsche a su demencia final? ¿Por qué el poeta cubano que escribió *La ronda* enloqueció finalmente? ¿Y Milanés? Ya se sabe que se suele tratar de explicar el suicidio por la locura. Pero aunque esa proposición puede parecer válida, algo nos dice que no es suficiente. La lucidez puede ser aterradora. Creo que es justamente el exceso de lucidez lo que condujo a Raúl Hernández Novás y a Angel Escobar al suicidio, amén de sus respectivas psiquis, romances familiares, etc. Hay, además, una fuerte propensión casi morbosa en muchos poetas hacia la muerte, una suerte de vértigo, una especie de anhelo último de conocimiento: la muerte como borde, como umbral. Mirar desde ese borde. Traspasar ese umbral. El abismo que también nos mira, diría Nietzsche. Todo el que ha sentido pánico por lo desconocido lo sabe. Sobre todo en la niñez ese pánico suele coexistir con cierta morbosa avidez por la intensidad de esa vivencia, casi erótica. Poe se planteó este dilema en *El demonio de la perversión*. Sí, amigos, el caos atrae. El caos sin duda tiene una belleza invisible. Como la muerte. ¿Será por eso que el mal puede parecer más atractivo que el bien? Satán era el ángel más bello. Melville, en *Moby Dick*, demostró esa ambigua relación con sus ensayos sobre el color blanco. En el orgasmo, sin duda uno de los instantes más intensos que le es dado sentir al ser humano, hay algo inquietante a veces. Un punto oscuro. Algo así. ¿Podríamos permanecer en él? Creo, finalmente, que la mala fama, amoralidad, etc., que suele acompañar a cierto tipo de artistas y escritores tiene mucho que ver con la legítima percepción de que ellos son capaces de revelarnos verdades que no queremos enfrentar hasta sus últimas consecuencias. Otro tipo de censura, sin duda, opera aquí. Shakespeare siempre será subversivo.



La brisa en el rostro como una caricia desconocida. El rostro en el lago como una reminiscencia. El olvido y la contemplación se tocan en un punto exquisito. Como en una cuerda (¿somos cuerdas?). Dios tiene piedad o prudencia, porque escuchar esa melodía nos enloquecería o nos igualaría a él.

## 10

La poesía regresa siempre. Es por ese incesante regreso que no puede, ni revelarnos claramente la esencia de donde proviene ni permanecer en cosa alguna. Su hogar es la errancia. Como Odiseo, una voz le dice: *Sólo el mar es tu casa*. Pero va dejando como una marca leve en todo lo que mira, algo que es como la nieve de su origen remoto. Sí, la poesía es como la reminiscencia de la mirada del Padre, como el rocío de la Creación. Finá lo ha dicho: *la piedad del descendimiento*. La piedad de la Madre que no puede salvar a sus criaturas, llevarlas de nuevo a su seno, restituir las incluso al semen paterno. Parece siempre que regresa al origen pero en realidad viene de él hacia nosotros. Como si viniera del porvenir. Por eso su mirada es profecía, además de reminiscencia. La poesía es un lenguaje de salvación. Cuando nos visita, cuando nos invade, sentimos como un exceso, algo que se desborda o se rompe. Oscuramente sabemos que su lenguaje es exacto, que sus imágenes son reales, como argumenta Cintio en *Poética* (acaso el libro más extraordinario escrito sobre la poesía). Pero no puede poseerse ni saberse, sólo sentirse. Es en este sentido como una fe. Una presencia invisible. Como dijo Lezama de Martí, *un misterio que nos acompaña*. Por ella estamos más cerca de Dios. Entusiasmo: estar lleno de dioses. Delirio, embriaguez, confusión e intensificación de los sentidos. Umbral de *otra* percepción. A diferencia de los novelistas, los poetas parecen escribir desde siempre un único poema. Sólo que ese único poema es el Universo. Por eso ella cubre a la realidad como un manto de nieve.

## 11

Cuando a menudo leemos o escuchamos: *escribí ese poema de un tirón*, pensamos enseguida en la llamada inspiración. La inspiración no es privativa de la poesía. Es un estado de la sensibilidad y del pensamiento. Más: sucede cuando pensamos y sentimos con todo el ser. Le acaece a un científico lo mismo que a un poeta, y a cualquier ser humano. Cuando sucede la inspiración todo nuestro ser vibra como una cuerda. Entonces somos uno con el Universo.

## 12

Es un misterio el hecho de estar aquí, escribir estas notas, preguntarme por qué. Un misterio que mi mujer duerma y yo escriba. Un misterio que yo esté vivo ahora mismo, que una supernova estalle para que yo haga el amor, que me atravesara un neutrino. Pero el misterio presupone el sentido. “La cosa más bella que podemos experimentar es lo misterioso”, dijo el viejito sabio (Einstein). Una noche en mi niñez vi un documental sobre el observatorio Monte Palomar. Un astrónomo miraba por un enorme telescopio hacia el vasto cielo estrellado. *Yo quería ser astrónomo, argonauta, viajero oscuro por ciudades de oro, náufrago en una isla a la deriva...*, escribí mucho tiempo después. ¿Y si yo no hubiera visto aquella lejana noche ese documental? Pero así fue y sólo hay un pasado y todo lo que suceda en el futuro dependerá de esa noche. La noche de las noches, anhelante, secreta. Porque *lo más real es lo que aún no ha sido*, advierte Fina.

## 13

Muy incitante me resulta la hipótesis de Carl Sagan de que el sentimiento religioso e incluso las ideas cosmológicas sobre el Universo pudieran provenir en una proporción importante de nuestra experiencia del nacimiento. Si es así habría que convenir que opera aquí de nuevo una cierta censura, porque resultaría al menos paradójico que ese momento tan esencial ocurra precisamente en un tiempo que después apenas podemos memorizar. O sólo lo memoricemos a través de imágenes vagas y de impulsos subconscientes. ¿Por

qué la muerte es a menudo vista como un umbral hacia otra vida o hacia lo desconocido o hacia lo trascendente, y no el nacimiento? Será porque según la flecha psicológica del tiempo vamos hacia la muerte, y en cambio venimos del nacimiento. Antes del nacimiento, con respecto a nuestra futura conciencia individual, sólo parece existir la nada. La poesía, sin embargo, parece conferirle al nacimiento una jerarquía primordial, al punto que ha podido ver en la muerte un nuevo nacimiento. Aquí ciertamente se borran las fronteras, se confunden los caminos. Nacimiento y muerte parecen las dos caras de una misma moneda. Si viviéramos en un Universo oscilante entonces se cumpliría un ciclo cósmico de nacimiento, muerte y resurrección. Lo perturbador es el hecho de que no pueda transmitirse la información de un universo a otro. De nuevo, pues, la censura. ¿Pero qué sentido tendría esa incesante aunque grandiosa y eterna repetición? ¿Habrá a la postre un lento e imperceptible perfeccionamiento hacia un sentido desconocido? ¿Será esa tan omnipresente censura la expresión de nuestros límites cognitivos o incluso de las capacidades de nuestra percepción? ¿Será que harán falta unos *nuevos sentidos*, como quería Lezama? A veces tengo la impresión de que todas las respuestas están en el propio ser humano: el llamado hombre interior de San Pablo u hombre cósmico... Pero ¿cuándo vendrá ese antropos eterno? Si el principio antrópico tiene sentido, entonces alguna inconcebible mañana ese hombre despertará.

## 14

Ya se sabe que si viviéramos en un universo cerrado entonces este insoportable infierno que es la vida sería ya la eternidad. Pero ¿y si viviéramos en un universo abierto? Entonces finalmente sería la nada. Pero estas dos ideas parecen poco concebibles, a no ser que exista Dios. En el primer caso, porque un día el ser humano se enfrentaría ineluctablemente a la falta de sentido del Universo. En el segundo, porque ¿para qué y por qué comenzó lo que habrá de desaparecer para siempre? ¿Por qué va a desaparecer nada menos que la autoconciencia del Universo? ¿O será que hay una conciencia cósmica? ¿Se igualará algún día esa conciencia cósmica con nuestra propia conciencia? ¿Conoceremos algún día la mente de Dios, se preguntaba Einstein? Pero, ciertamente, si

viviéramos en un infierno oscilante y no pudiera traspasarse la información de un universo a otro, la perspectiva final tampoco parece muy consoladora. Sería el eterno retorno. El eterno retorno del sin sentido. Por todas partes se desprende la necesidad de la idea de Dios. Idea en sí misma absurda desde el punto de vista estrictamente lógico, y que lejos de agotar las interrogantes las multiplica en otros sentidos. Dios parece ser en última instancia la Censura, es decir, el compendio de todos nuestros límites y misterios, de todos los sentidos.

## 15

¿Pero cuando ha sido lo estrictamente lógico una vara de medir fiable para nuestros actos humanos? Claro que se ha desarrollado un pensamiento lógico, claro que la ciencia arranca cada vez más mayores parcelas a lo desconocido. Mas, al menos hasta este momento, no hemos podido revertir definitivamente la omnipresente tendencia suicida que parece imperar en nuestra historia –o prehistoria, que dijera Marx, para ser más precisos. Más allá de lo sombrío que todavía resulta nuestro destino final como especie si nos atenemos a las tres proposiciones cosmológicas que el estado actual de nuestra ciencia nos promete, todavía no hemos podido rebasar la frontera a partir de la cual podamos estar seguros de que no desapareceremos por nuestra propia incompetencia o incapacidad para revertir aquella tendencia autoaniquiladora. A veces da la impresión que nos movemos, más que por un sentido lógico, por impulsos más o menos caóticos, como niños, o como hijos perdidos en busca de un padre desconocido. Si convenimos en que la naturaleza es nuestra madre ¿quién o qué es nuestro padre?

## 16

Justamente la poesía parece satisfacer nuestra preponderante vocación imaginal y nuestros más profundos impulsos subscientes. Vivimos todavía en un estadio donde prevalece el pensamiento mítico, simbólico, incluso religioso, es decir, un tipo de pensamiento propio de la niñez, más fuertemente vinculado con la oscura experiencia del

nacimiento. El universo amniótico de Groff o el éxtasis oceánico de Freud, como desarrolla tan inquietantemente Carl Sagan en su libro *El cerebro de Brocca*. Pero la pregunta pertinente es la siguiente: ¿será ese tipo de pensamiento un estadio a rebasar (por una mentalidad eminentemente científica) o un destino? Yo me inclinaría por el desarrollo de un hombre interior, cósmico, totalmente religado con la naturaleza, y para el cual la ciencia siempre sea un medio y no un fin. No podemos perder nuestra cognición poética. Si ello sucediera algún día ciertamente mereceríamos desaparecer. Es la cognición poética (que no excluye la científica, la filosófica y la religiosa) la única que nos puede salvar. Es por la Poesía que accedemos a la resurrección. Porque es por la Poesía por donde único podemos encontrar sentido. Sólo por la Poesía podemos burlar la Censura (o estar más cerca de Dios). Esa es mi fe y mi convicción más profunda.

## 17

Gracias a la poesía podemos nacer antes de nacer (desnacer) y podemos morir antes de morir, o incluso vivir después de la muerte. Imaginación, memoria, reminiscencia, que mezclados en un extraño e indecible sentimiento son sus atributos más poderosos, las que la llevan incluso, como argumenta Cintio, a crear imágenes reales, es decir, conocimiento (realidad). Tal vez por eso la poesía ha sido siempre la misma. Lo ha sabido (sentido) *todo* desde siempre. La ciencia, tan necesaria y fascinante, por estar sujeta a la comprobación experimental, le va en esto a la zaga. La verdad científica no es diferente de la poética sino que es expresada de otro modo. ¿Qué es la búsqueda del *campo unificado* sino la de la imagen de la armonía y sentido del Universo que la poesía siempre ha intuido y expresado? Comprender, para la ciencia, las leyes que rigen el universo es como comprender la mente de Dios. Pero ¿no hay algo que escapa siempre a esa comprensión última? Ya sabemos, constante de Planck, censura cósmica, principio de incertidumbre, etc. Mientras la ciencia sólo puede sobrevivir con esperanza, la poesía lo mira todo melancólicamente. Es la imagen de alguien que regresa siempre. Y no es que la poesía no de testimonio de la inabarcable complejidad y belleza de la creación, es *el modo* en que lo hace lo que nos comunica una profunda turbación. La poesía es la ruina, el rescoldo de una plenitud perdida o inalcanzable. Nos muestra la imagen de lo que no

podemos poseer. ¿Puede acaso una criatura, por muy autoconsciente que sea, comprenderse a sí misma, en suma, crearse a sí misma? Porque una criatura es todo el pasado del Universo. Y todo, hasta la ciencia, es retrospectivo. Incluso todo lo que percibimos es ya pasado. *Pérdida, pérdida* parece clamar el Universo. Como el principio de la entropía. Ya advertía en un antiguo texto la paradoja de que sólo podemos avanzar cognitivamente penetrando en el pasado del Universo, nuestro pasado, nuestro origen, hacia el principio de la creación, hacia el orden más elevado posible (y la más baja entropía). *Sé el que eres, que es ser el que tú eras, / al ayer, no al mañana, el tiempo insiste, / sé sabiendo que cuando nada seas / de ti se ha de quedar lo que quisiste. / No mira Dios al que tú sabes que eres / -la luz es ilusión, también locura- / sino la imagen tuya que prefieres, / que lo que amas torna valedera, / y puesto que es así, sólo procura / que tu máscara sea verdadera,* escribió Fina en *Las miradas perdidas*. Y en cierto sentido, la muerte ¿no es una reintegración? ¿Una reintegración al seno materno, un desnacer, un viaje de regreso? Como la poesía. Por eso los griegos hablaban del nacimiento como imagen de la injusticia de ser (Anaximandro), entre nosotros: Baquero, y Lezama: *El pecado sin culpa, eterna pena...* Sólo la poesía siente piedad por esas criaturas desconsoladas y errantes en el espacio-tiempo de su manifestación. Tener conciencia de la muerte ¿qué significa? ¿Un incesante aviso del origen al que debemos reintegrarnos? ¿Por qué la imagen del Paraíso, de la expulsión? Y ¿por qué el pecado ligado a la conciencia, al conocimiento, al desconocer la censura? ¿Es todo nacimiento un desafío a la censura? *A sufrir, a errar, al nacer ya caemos en la trampa,* dice Fina también, como los existencialistas católicos. Y sin embargo, y sin embargo, no se puede negar que la poesía porta también una esperanza, pero ¿una esperanza de resurrección o una esperanza de reintegración? ¿Son acaso lo mismo? Creo que el verdadero anhelo de la poesía es de *reconciliación total y dulce*, como diría Lezama. La poesía incluso coincide con la física teórica en un punto importante: el pasado y el futuro son lo mismo, el ahora no existe. Pero acaso ¿no consiste en eso también el llamado por Cintio *tiempo de la reminiscencia* o tiempo de la Poesía, como vislumbra en *Poética*? Tiempo y légame de la reminiscencia, añadiría yo. Víspera, potencialidad infinita, eternidad. Tiempo y espacio de la medusa, sede del sentir originario, diría María Zambrano, reservorio de formas de la creación.

La Habana, mayo, 2004